

“AQUELLOS ENTRAÑABLES CARNAVALES PORTEÑOS”

CORSOS, ORFEONES Y COMPARSAS EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA NACIONALIDAD ARGENTINA (1869-1910)

Por Lic. Rodrigo Salinas (Historia- UBA)



La Avenida de Mayo generosamente iluminada con lamparillas eléctricas, en ocasión de los festejos de los carnavales en el barrio porteño de Monserrat en febrero de 1910. En Barat, Cecilia, Archivo Buenos Ayres.

“Así eran las comparsas de principios de siglo. Ruidosas...alegres...incansables”¹

Los barrios porteños de Monserrat y Balvanera fueron los espacios urbanos elegidos por los habitantes de la ciudad capital de la República Argentina para organizar los festejos de los carnavales que tenían cita allí cada verano en el transito del siglo XIX al siglo XX. Durante los calurosos meses de febrero y en los fines de semana previos al inicio de la Cuaresma -siguiendo los rituales del calendario litúrgico cristiano- la primera avenida porteña se convirtió en el “corzo del pueblo” y la población se “quitaba el ropaje de su personalidad” para aplaudir el paso de las comparsas, de los orfeones, de los conjuntos gauchescos y presenciar la elección de la reina.

¹ Frase extraída de Puccia, Enrique Horacio; “Breve Historia del Carnaval Porteño”, Cuadernos de Buenos Aires, 1974. p. 102.

En este sentido, el carnaval era un evento de vital importancia en la urbe decimonónica, ya que era una oportunidad extraordinaria de divertirse, de bailar y de actuar con una libertad que pocas veces se vivía en el contexto social de la Ciudad de Buenos Aires. Los carnavales traían, además, la alegría y la fiesta al “corazón” de la ciudad masificada pero, también, fue la ocasión predilecta de los sectores sociales hegemónicos de la Generación de 1880 de mostrarse como una comunidad encaminada con pie firme hacia “el progreso indefinido” y “la civilización” (tal como lo había definido la filosofía positivista a mediados del siglo XIX), imponiendo para ello un mayor control estatal sobre las fiestas populares. De esta forma, a principios del 1900, el carnaval porteño se constituyó en un evento para la acción disciplinaria y ejemplificadora de los hombres de la élite dirigente, y se impuso como un ámbito preferente para la representación pública del ideal de la sociedad argentina, una sociedad que en el apogeo de la construcción del Estado Nacional ya se especificaba “blanca y europea” –según la historiografía oficial escrita por el general Bartolomé Mitre (1821-1906) en sus relatos sobre la “Biografía de Belgrano y la Independencia Argentina” (publicado en 1857) y la “Biografía de San Martín y la Emancipación Sudamericana” (publicada en 1887)- y que no contaba ya con rastros de una población negra de descendencia africana.

LAS COMUNIDADES AFRODESCENDIENTES- EL “ENIGMA” DE LA DESAPARICIÓN:

Los intelectuales de la Generación del ´80 construyeron, durante la etapa de la consolidación del Estado Nacional, un doble discurso, una fórmula matemática trasladada al campo social a través de la cual se buscaba, por un lado, “invisibilizar” a los sectores sociales subalternos que habitaban en el centro neurálgico de la Ciudad de Buenos Aires (especialmente las comunidades afrodescendientes asentadas en el antiguo casco urbano), declarándolas extintas o reconocidas como un residuo del pasado ya sin peso y en vías de desaparición y, por otro lado, buscaban su “blanqueamiento”, por influencia del torrente inmigratorio europeo abierto a fines del siglo XIX, con el fin de que se produjera en palabras del antropólogo británico Peter Wade “la eliminación de los negros y la creación de una sociedad mezclada cercana al extremo mas distintivamente

blanco del espectro (...)”². En este sentido, podría argumentarse que el proceso de invisibilización se llevó a cabo a través de la puesta en práctica de dos concepciones concretas: por un lado, la concepción tradicional, presentada por el historiador norteamericano George Reid Andrews, a través de la cual este autor buscó justificar la desaparición gradual de las comunidades afrodescendientes a lo largo de la historia, centrándose especialmente en el período colonial y republicano y, por otro lado, la justificación cientificista de la Historia, abonada por los Padres Fundadores de la Nación argentina (Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López) y retomada en los últimos años por la antropóloga social Lea Geler en el tratamiento que la autora realizó sobre el impacto que dicha invisibilización tuvo sobre el imaginario colectivo argentino.

Con respecto a la visión tradicional, Andrews³ denominó al proceso de invisibilización como el “enigma de la desaparición”. Según este historiador, cuatro habrían sido los argumentos básicos utilizados por el Estado para justificar tal enigma. La primera explicación fue la declinación del comercio de esclavos organizado por la corona española a fines del siglo XVIII. Según esta perspectiva, la abolición del tráfico por parte de la Asamblea del Año XIII marcó supuestamente el fin de la importación de africanos en gran escala al Río de la Plata. Al faltar nuevas llegadas que compensaran las pérdidas, la comunidad negra fue condenada a la extinción gradual. La segunda explicación fue la del mestizaje o mezcla racial. Enfrentadas a una escasez de hombres de su raza y deseosas de producir hijos de piel más clara con fines de movilidad social hacia arriba, las mujeres negras y mulatas se dirigieron a los hombres blancos como parejas. Dicho argumento combinó la casi eliminación de los varones negros con el flujo de varones inmigrantes europeos posterior a la década de 1850. La tercera explicación fue conocida como el mito de la “carne de cañón”. Según esta perspectiva, durante la Guerra de la Triple Alianza (1864-1870), miles de soldados perecieron debido a la propagación de múltiples enfermedades, lo que habría llevado a la merma de un importante número de descendientes africanos que formaban parte del cuadro

² Wade, P; “Raza y etnicidad en América Latina”, Ediciones Abya-Yala, Quito, 2000, p.30.

³ Andrews, G; “El enigma de la desaparición. Los afroargentinos de Buenos Aires”, 9-16, De la Flor, Bs.As, 1989.

militar del Ejército Argentino durante la contienda bélica. La cuarta, y última explicación, se centró en las altas tasas de mortalidad que sufrieron los afrodescendientes. Ocupando los escalones más bajos de la escala social y económica, los negros de la ciudad no podían procurarse vivienda decente, alimento, vestimenta y asistencia médica, por lo tanto sucumbían en números mayores y a edad más temprana que los blancos. Se supone que ésta fue una condición crónica en toda la primera mitad del siglo XIX y alcanzó su punto culmine con la epidemia de fiebre amarilla de 1871, a la que con frecuencia se culpó de haber aplicado el golpe de gracia a la población de color. La epidemia, que duró tan solo seis meses (de enero a junio de ese mismo año), dejó un saldo de 14.000 víctimas, lo que representaba aproximadamente un 8% de la totalidad de la población del área de la Capital Federal, que se estimaba en 187.346 habitantes, según las cifras arrojadas por el primer Censo Nacional organizado por Sarmiento en 1869.

Los censos de población del siglo XIX, analizados por Andrews, retratan la progresiva declinación de los afroporteños, los que pasaron de ser el 30% de la totalidad de los habitantes del ámbito urbano, en 1810, a tan solo el 1,8 % (8000 personas aproximadamente) en 1887⁴. Según este historiador, los efectos de la pandemia fueron sobredimensionados. Las estadísticas que examina el autor no muestran una mayor mortandad de individuos negros por aquella enfermedad. Para Andrews, la sorprendente vitalidad que muestran la existencia de periódicos y otras asociaciones comunitarias⁵ de ascendencia africana (particularmente en el periodo 1873-1882)⁶, desmiente cualquier noción de “desaparición” para la época. Para dar cuenta de la discordancia entre esta información y la censal, Andrews sugiere que, aun teniendo en cuenta el creciente aumento de población europea en la ciudad, los afroargentinos fueron subrepresentados en el censo de 1887.

⁴ Censo de la Ciudad de Buenos Aires de 1887.

⁵ Al respecto, Lea Geler analiza la fundación de la “*Sociedad de Fomento de la Educación*”, en febrero de 1878, cuyo principal objetivo era fundar una escuela particular para los niños afroporteños. Véase Geler, L; “Andares negros, caminos blancos. Afroporteños, Estado y Nación argentina a fines del siglo XIX. Taller de Estudios e Investigaciones Andino-amazónicas, Prehistoria Ediciones, Rosario, 2010, pp. 284-285.

⁶ “En 1864 se editó *La Igualdad*, que desapareció en algún momento de ese año para reaparecer en 1873, publicándose regularmente por un año. En enero de 1870 salió el primer y único número de *La Broma*, para reaparecer en 1876. En esa década aparecieron *El Artesano* (también titulado *El Tambor*), *El Aspirante*, *El Candombero*, *El látigo* (que fue la continuación de *La Juventud*), *El Obrero*, *El Porvenir*, *El Unionista*, *La Aurora del Plata*, *La Protectora*, *La Razón* y *La Verdad*. Cada periódico tuvo una vida mas o menos breve, a excepción de *La Broma*, que llegó al menos hasta el 28 de diciembre de 1882(...)”. En Cirio, Norberto Pablo; “Tinta negra en el gris de ayer: Los afroporteños a través de sus periódicos entre 1873 y 1882”, Buenos Aires, Teseo, Biblioteca Nacional, 2009, p. 29.

El historiador sostiene que en esa época se hizo popular el empleo de la categoría “trigueño”, que denotaba a una persona de tez oscura, pero no necesariamente indicaba que tuviera ancestros africanos, como sí sucedía con las palabras “mulato” o “pardo”. Esta categoría permitía que los afrodescendientes de piel mas clara fueran socialmente clasificados bajo este rótulo y que luego, en los censos, pudieran ser clasificados oficialmente como blancos. Esto marcaría el supuesto descenso de la población negra en la ciudad.

Ahora bien, dicha hipótesis adolece, según su creador, de lógica y no puede ser documentada fehacientemente. No obstante, no se niega que no haya existido una merma demográfica, como consecuencia de la propagación de la epidemia, pero los enfoques teóricos mas recientes han cuestionado la pretendida desaparición total de las comunidades afrodescendientes, poniendo en jaque el mito originario y dominante de la “Argentina blanca”. La publicación de la novela histórica *“Fiebre negra”* (2008), obra del escritor Miguel Rosenzvit⁷, resulta por demás ilustrativa para emprender una revisión crítica de ciertos presupuestos sobre los que se basa la construcción identitaria de nuestro país. Aquí el autor emprendió una reconstrucción histórica y una visión crítica de la bibliografía del negro en Argentina. Retomando a la Doctora en Filosofía Dina Picotti, Rosenzvit asume en su novela la idea de que el negro fue marginado del ámbito político, social y cultural, pero no así de la esfera económica, siendo partícipe activo del sistema productivo (constituyéndose en la base de la pirámide laboral, a la vez que su estrato inferior) que el capitalismo imponía, como consecuencia del ingreso del país a la División Internacional del Trabajo (DIT) y el consecuente desarrollo de un modelo agro-exportador, basado en la venta de productos primarios.

LA CONCEPCIÓN CIENTIFICISTA DE LA HISTORIA

A los argumentos tradicionales de la desaparición de los afrodescendientes presentados por Andrews, debería sumarse la concepción científicista de la historia -esgrimida a fines del 1800- y el análisis posterior realizado por investigadores sociales más actuales. En palabras del escritor

⁷ Rosenzvit, M; “Fiebre negra”, Editorial Planeta, Buenos Aires, 2008.

Alejandro Solomianski, el Estado Nacional argentino construyó un “discurso genocida”⁸ a fines del siglo XIX en el cual las comunidades afrodescendientes pasaron a tener un rol pasivo en el marco de la construcción del relato histórico oficial, centrado especialmente en los compendios de Juan Bautista Alberdi (“Bases para la Organización Política de la Confederación Argentina”- 1852) y los relatos míticos de Bartolomé Mitre (“Paginas de la Historia”-1906) y Vicente Fidel López (“Historia de la República Argentina. Su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852”-1883), los cuales silenciaron el aporte africano en el proceso de construcción de la Nación, convirtiendo a las luchas y avatares seculares en un producto de criollos de estirpe europea. Aquí resulta interesante retomar el análisis que Lea Geler⁹ realizó sobre el fenómeno de la “desaparición afroargentina” en el imaginario nacional. Según esta autora, Alberdi fue uno de los primeros Padres Fundadores en plantear la necesidad de alentar la inmigración europea para el mejoramiento de las “masas populares”, fácilmente manipulables en el campo de batalla. El pensamiento de Alberdi coincidía en este aspecto con el de Sarmiento. Para ambos autores tanto los negros como los mulatos podían ser permeables a la civilización y llegar a ser considerados por la élite política como “ciudadanos argentinos”, debido a su participación en las guerras de milicias, de allí que el “padre de la escuela” permitiera que todo los sectores sociales porteños, sin distinción, pudieran participar de los cursos oficiales organizados a partir de su ascenso a la presidencia de la Nación en 1869. Este planteo fue retomado en las décadas posteriores por el General Bartolomé Mitre, a través de la construcción del relato del héroe-mártir anónimo de la figura de Antonio Ruiz -popularmente conocido bajo el sobrenombre de “Negro Falucho”¹⁰- un héroe anónimo que muere en pos de la salvaguarda de la patria. En el

⁸ “El discurso genocida resulta de la forma en que se une el discurso al racismo. Si el discurso racista es muy frecuente en América Latina, una forma extrema del mismo es la negación. Las elites lo reproducen simbólicamente a todo nivel social para permanecer en su posición dominante. Por eso no resulta casual que cuanto más en eclosión estuvo la vida negra (en la segunda mitad del siglo XIX), más se silenció su presencia. La negación discursiva fue la mejor forma de provocar el efecto de desaparición o, según varios autores, la naturalidad con que se asumió la invisibilización del actor negro en la identidad cultural nacional (...).” En Solomianski, Alejandro; “Identidades secretas: la negritud argentina”, Beatriz Viterbo Editora, Buenos Aires, 2003, p.61.

⁹ Geler, L; “¡Pobres negros!”. Algunos apuntes sobre la desaparición de los negros argentinos”. En Estado, Nación y poder local en América Latina, siglos XIX-XX. García Jordan, p. (ed.), Barcelona, EPUB, 2007.

¹⁰ Según la versión de la historia de Bartolomé Mitre, Falucho fue un soldado nacido en Buenos Aires que luchó en la Independencia Argentina. Ruiz luchó en el ejército del Libertador José de San Martín. Esclavizado en su nacimiento (quizás nacido en África), sirvió en el Regimiento del Río de la Plata durante la Campaña del Ejército Libertador del Perú y murió durante la sublevación de la Fortaleza del Real Felipe en El Callao-Perú- el 6 de febrero de 1824. Para más información diríjase a

pensamiento mitrista, el héroe forma parte del pasado. Este hecho sentará las bases para su futuro olvido, de allí la necesidad imperiosa del Estado por levantar un monumento en su homenaje, justo en el momento en que éste arremetía con su política inmigratoria finisecular.



La estatua del Negro Falucho cuando se hallaba en la esquina de Florida y Charcas (hoy Marcelo T. de Alvear), a metros de la plaza San Martín de Retiro, obra del escultor Lucio Correa Morales. Actualmente se encuentra en la plazoleta ubicada en la intersección de las avenidas Santa Fe y Luis María campos, en el barrio de Palermo. 1905.

Archivo General de la Nación (AGN).

Para los hombres de la Generación del '80, este doble proceso de invisibilización y blanqueamiento de las comunidades afrodescendientes traería como resultado la constitución de una "raza argentina", étnicamente superior a otras y perfectamente blanca, que hablara la misma lengua, que compartiera las mismas lealtades cívicas, una memoria unificada y más cercana a las costumbres que imperaban del otro lado del Atlántico, abonando el presupuesto de que "los argentinos descendemos de los barcos", buscando así convencernos de que la "bondad sociológica" de nuestro pueblo tendría un basamento exclusivamente ultramarino¹¹. Aquí es

«El Falucho que no fue Falucho». *Clarín*. 24 de enero de 2011; y Davies, Carole Boyce (2008). *Encyclopedia of the African Diaspora: Origins, Experiences, and Culture* (en inglés). ABC-CLIO. p. 427.

¹¹ Briones, C; "Mestizaje y blanqueamiento como coordenadas de aboriginalidad y Nación en Argentina". *Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre*. Vol. XXIII, Bs.As, Mimeo, 2002, p. 67.

donde puede observarse lo que Mónica Quijada¹² ha denominado como “la alquimia de la tierra”, es decir, que la homogeneización poblacional en la Argentina fue un proceso asentado en el territorio, como condición básica de integración de elementos heterogéneos y su imposición por encima de otro tipo de articulación intergrupala.

Siguiendo los mismos lineamientos de los padres fundacionales, el sociólogo italo-argentino José Ingenieros (1877-1925) sostuvo que: *“Del blanquimiento de la población dependía el éxito del proceso de homogeneización, es decir, la formación de la nacionalidad, porque ésta a su vez dependía de la “prosperidad”, que sólo se realizaría en la medida en que las “corrientes inmigratorias benéficas” acabasen por desplazar definitivamente a las razas de color (...)”*¹³. Según Quijada, la construcción nacional aparecía así vinculada a la idea de que el pueblo argentino estaba alcanzando un estadio evolutivo superior por obra del blanqueamiento progresivo de la población y, desde esta perspectiva, se mantenía incólume la idea de Alberdi de que el fin providencial de la expansión inmigratoria era el mejoramiento indefinido de la “especie” humana.

LA “VISIBILIZACIÓN” DE LOS AFROPORTEÑOS EN EL CORSO OFICIAL DE 1869



¹² Quijada, M; “De Perón a Alberdi: selectividad étnica y construcción nacional en la política inmigratoria argentina”, Revista de Indias, Vol. LII, n° 195/196, 1992, pp.179-217.

¹³ Quijada, Mónica; ídem, pp. 867-888.

Sarmiento fue criticado duramente por la oposición y el carnaval no estuvo exento a esto. En el periódico "El Mosquito" aprovecharon la oportunidad para realizar varias caricaturas que mostraban al prócer en un corso. También ilustraron a otros personajes de la época. Sin embargo, Sarmiento siguió defendiendo esta festividad porque dijo "que era donde realmente se veía la moralidad de un pueblo".

La entrada de Buenos Aires en la modernidad implicó la reglamentación estricta de estas fiestas, lo que se produjo a partir de 1869 -año en que se organizó el primer corso oficial de la ciudad- durante la presidencia de Sarmiento y la gobernación bonaerense de Valentín Alsina (1802-1869), en el barrio porteño de Monserrat (el "Barrio del Tambor", como solía conocerse en la segunda mitad del siglo XIX, haciendo referencia a los instrumentos típicos utilizados durante los festejos del carnaval, tales como marimbas, masacallas o maracas de hojalata), entre las cinco cuerdas que separaban a la calle Victoria -hoy Hipólito Yrigoyen- y la Plaza Lorea, y del que él participaba personalmente como Jefe de Estado. "Dicen que lo mojaban y no se enojaba", contó Arturo Sánchez, guía del Museo y Biblioteca Casa Natal de Sarmiento, a la periodista Mónica Martín del Diario de Cuyo; quedando los que ya existían circunscriptos a las calles Rivadavia, Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen) y Florida. Al respecto, el ingeniero francés Alfredo Ebelot (1839-1920)¹⁴, quien visitó la Capital Federal en aquellos años, describió la frescura y la diversión del presidente durante los festejos del carnaval con las siguientes palabras: *"Recién llegado a Buenos Aires, me fui a ver el corso. El presidente de la República acertó a pasar en coche descubierto. Lo mojaron hasta empaparlo. El presidente y los concurrentes se desternillaban de risa. ¡El presidente era aquel Sarmiento! ¡Qué hombre de Estado ni qué niño muerto!... Sentado en una carretela vieja que la humedad no pudiese ofender, abrigado con un poncho de vicuña, cubierta la cabeza con un chambergo, distribuía y recibía chorritos de agua, riéndose a mandíbula batiente (...)"*¹⁵.

Amplios sectores de la población participaban en las suscripciones para solventar los gastos de la decoración de calles y plazas de la ciudad y desfilaban en los carruajes ornamentados, con sus

¹⁴ Alfredo Ebelot (1839- 1920) fue contratado durante la presidencia de Sarmiento para hacer estudios de la línea de frontera. Con el grado militar de sargento mayor del Ejército Argentino participó en la "Conquista del Desierto". Como ingeniero, codirigió los llamados "trabajos de defensa contra el indio", entre ellos la construcción de la "Zanja de Alsina". A partir de 1880 fue colaborador del periódico "La Nación" y redactor del Courier de la Plata. Escribió la novela "La Niari" y las obras "Recuerdos y Relatos de la guerra de fronteras y La Pampa. Costumbres Argentinas". Regresó definitivamente a Francia en 1908, y falleció en Toulouse doce años más tarde.

¹⁵ Sacchi, Valeria; "Sarmiento y el carnaval", publicado en el Diario de Cuyo, San Juan, 12-02-2018.

disfraces y máscaras. Las "comisiones de corso" ofrecían premios a las diversas sociedades culturales que participaban de la organización del carnaval. Uno de los ejemplos más demostrativos de la visibilización y presencia de la comunidad negra en Buenos Aires la presentó el historiador Enrique Horacio Puccia¹⁶ en sus trabajos sobre las características del carnaval porteño desde sus orígenes coloniales hasta bien entrado el siglo XX, cuando el autor nos adelantaba que la comparsa de "San Benito", *estaba compuesta totalmente por "señoritas", encabezaba las marchas, a la cual le seguían las demás divididas en tres cuerpos: las de infantería, las de caballería y las de carruajes, por sorteo, en este orden: "Tenorios", "Estrella del sur", "Símbolo Republicano", "Salamanca", "Porvenir del plata", "Stella di Roma", "Negros Porteños", "Habitantes de la Luna", "Hormiguitas", "Angelitos", "Hijos de Lucifer" y "Progreso del Plata"(...)*¹⁷. En ocasión de los festejos, y especialmente durante las horas de la tarde, las calles se convertían en un "hervidero" de gente, se engalanaban con banderines y guirnaldas que colgaban de vereda a vereda y se armaban plataformas para los palcos con ornamentaciones desde los cuales se presenciaban los desfiles de las princesas, las carrozas, los concursos de los grandes grupos de mascaradas infantiles con sus llamativos y caricaturescos disfraces -algunos ejemplos de ellos fueron "Gli Innamuratti Spulsatti", "Los Rigolare", "Sac y Mac", "Los Astrologos" y "Los Pierrots Primitivos"- y las murgas y comparsas que saludaban a la muchedumbre abigarrada en el lugar, compuestas en su mayoría por afrodescendientes.

¹⁶ Enrique Horacio Puccia (1910-1995) fue un destacado periodista e historiador porteño. Puccia hizo del barrio de Barracas no sólo el barrio de sus amores sino el de sus más importantes investigaciones y estudios. A este entrañable sector de Buenos Aires dedicó numerosos artículos en diversos medios como Clarín, La Nación y La Prensa, además de los libros "Barracas en la Historia y en la Tradición"; "Barracas: su historia y sus tradiciones 1536 – 1936"; "Historia de la calle Larga y Calles, plazas y estatuas de Barracas". Con objetivos más amplios, abordó exhaustivamente "Breve historia del carnaval porteño"; "El Buenos Aires de Esteban de Luca"; "El combate de la meseta de los Corrales"; "El carnaval de la Avenida de Mayo"; y "Definitiva Buenos Aires", que nos muestran al investigador minucioso, detallista, que abre caminos acercando al lector a temas poco trabajados previamente. Además de su actividad como historiador y periodista, Puccia presidió la Junta Central de Estudios Históricos entre 1980 y 1995, fue miembro de número de la Academia Porteña del Lunfardo y de la Academia Nacional del Tango, de los Institutos Browniano y de Investigaciones Históricas de la Manzana de las Luces; socio honorario del Rotary Club, el Club de Leones y la Sociedad Española de S.M. de Barracas; presidió las Juntas de Estudios Históricos de Barracas y de San Telmo, participando además de las de San José de Flores, Almagro, La Floresta y del Puerto, en calidad de miembro honorario.

El gobierno de la Ciudad de Buenos Aires lo distinguió con el título de "Ciudadano Ilustre" y el Instituto Histórico dependiente de la Secretaría de Cultura de la Capital Federal bautizó con su nombre la biblioteca del organismo, en un concurrido acto en el que su directora, la historiadora Liliana Barela, sintetizó con palabras cargadas de afecto la vida y obra de este querido autor.

¹⁷ Puccia, E; *ibídem*, p. 50.



Parte del conjunto humorístico “Gli Innamurati Spulsatti”, que animaba los desfiles carnavalescos a principios del siglo XX. En Puccia, E; p. 83.

Años más tarde, con la apertura de la Avenida de Mayo en 1894, el corso se trasladaría a la nueva arteria, desplazando -en el interés de los vecinos- a todos los cursos que se celebraban en las calles aledañas. Sus dimensiones, el boulevard, y las amplias aceras donde se encontraba el público, facilitarían el desfile de las comparsas y las carrozas. A fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, podría decirse que el disfraz pasó a ser la estrella del carnaval, alentado además por la gran inmigración europea finisecular. Así, las mujeres pertenecientes a las más diversas colectividades de extranjeros se radicaban en la Argentina durante aquellos años festejaban el carnaval cosiendo disfraces, sobre todo para los chicos de la casa, que recreaban el modo de vestir de su lugar de origen. Luego los fotografiaban y mandaban esas fotos a sus familiares en tierras lejanas.



El “corso Defensa”, la comisión distribuidora de premios y la despedida del carnaval.

SARMIENTO- EL “EMPERADOR DE LAS MÁSCARAS”



Los historiadores aseguran que el prócer sanjuanino conoció los carnavales de Italia y sus clásicas mascararas en su viaje por Europa entre 1845 y 1847 y cuando llegó a la Primera Magistratura veintidós años más tarde trajo consigo la costumbre a nuestro país dándoles una nueva organización y un mayor colorido. Esto quedó muy bien reflejado en su libro *"Viajes en Europa, África y América"* (1851), donde el propio Sarmiento relataba que *"El día de mi llegada a Roma, la campana del capitolio empezó a tañer a golpes redoblados pasado el mediodía. Y un murmullo respondió de todos los ángulos de la ciudad a una señal impacientemente esperada como la voz del ángel del placer que llama a los muertos a una vida febril. Era la apertura del Carnaval (...)"*¹⁸. Según el guía del Museo y Biblioteca Casa Natal de Sarmiento, el prócer cuyano quedó deslumbrado con los carnavales europeos porque *"traía una situación social muy interesante porque en esa fiesta se borraban las clases sociales. Decía que la mejor manera de medir la moral de un pueblo era en el carnaval que en los comicios"*¹⁹. Ningún estadista ha dado mayor importancia y espacio a la creación de actividades culturales, de recreo y diversión accesibles para todos, sin distinciones de ninguna clase, como lo fue Sarmiento. Entre las fiestas populares que Sarmiento consideraba tradicionales y necesarias, estaba el carnaval, *"el cual no puede ser extinguido. Es una tradición de la humanidad que se perpetúa a través de los siglos. Es una necesidad del espíritu. El pueblo se muestra tal cual es en estos días de desorden autorizado, más puede medirse su estado de moralidad y cultura en medio de las locuras del carnaval, que en los comicios públicos o en los actos íntimos de la vida (...)"*²⁰.

¹⁸ En Martín, Mónica; "Sarmiento, el emperador de las máscaras", publicado en el Diario de Cuyo, San Juan, 12-02-2018.

¹⁹ En Martín, Mónica; ibídem, 12-02-2018.

²⁰ Sacchi, Valeria; ibídem, 12-02-2018.



Ejemplar de la moneda obsequiada al Presidente de la Nación Domingo Faustino Sarmiento en 1873 por su promulgación de los carnavales en la Ciudad de Buenos Aires.

Como reconocimiento a la iniciativa sarmientina de propagar las fiestas del carnaval porteño, en 1873, los integrantes de la comparsa "Los Habitantes de la Luna"²¹, que imitaban al Presidente de la Nación y de la que formaba parte, entre otros, el Perito Francisco Pascasio Moreno (1852-1919), mandó imprimir en forma alusiva una medalla de estaño que tenía grabada su cara con una corona y la leyenda que decía *"Emperador de las Máscaras"*, la cual guardó con mucho aprecio, y que hoy en día se conserva intacta en una de las habitaciones de su hogar materno en el centro de la ciudad de San Juan. Luego de que esta comparsa le regalara a Sarmiento la medalla, el sanjuanino los invitó a tomar el té en su casa. La invitación decía: *"El gusto de conocer al loco Sarmiento"*. Ellos asistieron y Sarmiento les solicitó que lo imitaran, como era costumbre en aquella comparsa. Luego de escuchar a su imitador, Sarmiento lo interrumpió alegremente y le pidió que tratase de copiar al Ministro del Interior Dalmacio Vélez Sarsfield (1800-1875), presente en la bien provista tertulia. Luego de esto, el redactor del Código Civil les dijo con tonada cordobesa: *"¡Si están todos mamaos!"*, contó Sánchez en la exposición del año 2018²².

²¹ Por aquella época esta era la comparsa más famosa de la que participaban personajes de renombre como Emilio Mitre, Delfín Huergo, Alberto Casares, Ireneo Portela y Anacarsis Lanús, entre tantos otros.

²² En Martín, Mónica; *ibídem*, 12-02-2018.

LOS ORFEONES ESPAÑOLES- EL CASO DE LA “SALAMANCA PRIMITIVA”

Los residentes españoles en la Argentina pusieron de manifiesto, a mediados del siglo XIX, su espíritu societario y mutualista. Así, por ejemplo, cobró importancia e indudable jerarquía el orfeón llamado “*La Salamanca primitiva*”, que desde su fundación en 1854, estaba compuesto por cerca de 300 personas que lucían elegantes trajes de estudiantes salamantinos. El sentido de responsabilidad que animaba a sus directivos, lo evidenciaba el hecho de que el coro y la orquesta actuaban bajo las órdenes del maestro Francisco Payá (1879-1929), autor de las partituras de muchos de los sainetes líricos que fueron punta de lanza del teatro nacional. También se destacó “*El Orfeón español*”, integrado por más de un centenar de asociados, en su mayor parte músicos y coristas dirigidos por Luis Reynoso, con el aditamento de una importante rondalla. Vestían el tradicional traje de estudiante español del siglo XVI y exhibían banderas, estandartes y “gonfalones” delicadamente pintados sobre seda.

Completaban el núcleo de entidades peninsulares, junto a otras más pequeñas, pero no por ello menos afiatadas y queridas, las llamadas “Unión Obrera Española”, “Centro Catalá”, “Vascos de Guipúzcoa”, “Submarino Peral”, “Círculo Valenciano”, “Estudiantina Cervantes” y el “Orfeón Gallego”, cuyo coro, guiado por el maestro Paz Hermo, se destacaba en la interpretación de trozos de zarzuelas, pasacalles y habaneras. Desfilaban los “Marinos del Plata”, “Marinos Nacionales”, “Marinos Legales”, “Marino Infantil” y los “Turcos de Barracas”- considerada la sociedad carnavalesca más grande de la república- la cual se componía de banda, banda lisa y orquesta, y más de cien miembros que marchaban a pie, junto a los cuerpos de “artillería” y “caballería”, todos escoltando una carroza lujosamente ataviada, que tiraban seis yuntas de caballos blancos. En ella se ubicaban el “sultán”, su “consorte predilecta” y el “sequito de odaliscas”.



Fotografía del orfeón español "Salamanca Primitiva", primer premio en varios cursos. Una interesante foto que nos permite apreciar las fachadas de los edificios. A la derecha, resalta un artístico y elegante farol. En 1856 había en Buenos Aires 500 faroles alimentados a gas. Una gran inversión se obtuvo en 1876 con la instalación de 3.663 focos, luego se redujeron por razones económicas y recién en 1915, alcanzaron la cifra máxima con la colocación de 17.796 faroles; a partir de esta fecha el alumbrado público a gas empezó a ser sustituido por la electricidad hasta ser definitivamente retirado en 1920.



El "Orfeón Gallego" obtuvo varias distinciones en los cursos de los que participó.

LA SOCIEDAD DE ÉLITE “LOS NEGROS” Y LA DISCRIMINACIÓN DE LOS SECTORES

SOCIALES HEGEMÓNICOS:



Sociedad “Los Negros”, la famosa comparsa de blancos tiznados que animó uno de los primeros corsos de Buenos Aires. Pese a la sugestión de su nombre, estos hombres vestían un uniforme militar de línea húngara, compuesto de pantalón blanco, casaca celeste y gorra con visera. Fotografía tomada en 1860.

A mediados del siglo XIX, los porteños solían apiñarse en la Plaza Lorea- ubicada en la zona de Congreso- a fin de escuchar a las comparsas²³ que se turnaban con su música y sus canciones. Allí también se desarrollaba la tradicional ceremonia del “entierro del muñeco” que representaba al rey Momo, el cual era colocado dentro de un coche, sobre grandes almohadones para simular mejor la “enfermedad”. A su lado permanecía el “médico” encargado de comprobar su estado, y tras ellos marchaba una crecida cantidad de mascarar, que los acompañaba hasta la Plaza San Martín, en el barrio de Retiro. De todas las comparsas que pasaban por esta plaza, se destacó la llamada *Sociedad de élite “Los Negros”*, fundada a fines de la década de 1860 por un grupo selecto de la aristocracia porteña (los “jóvenes bien”) y dirigida por el periodista y escritor andaluz Rafael Barreda (1847-1927). Esta asociación carnavalesca realizaba sus desfiles por las calles

²³ Las comparsas debían ser dirigidas por un “presidente”, quien debía responder por todas las personas que la conformaban. Para mayor información diríjase a “Carnaval porteño: Entre la fiesta y el espectáculo”, En Temas de Patrimonio Cultural 23, p. 21.

de la ciudad imitando la música y las canciones de los “negros” y lo hacía con sus participantes “tiznados”, es decir, con la cara pintada de negro, conformando una imagen estereotipada del mismo como un ser leal, sumiso y poco educado, divertido y “bribón” y que la mayoría de los participantes recordaría como sirvientes en las casas de las clases acomodadas, como se podía deducir de las canciones que entonaban para las fiestas que imponían la dicotomía negro/trabajador- esclavo y blanco/amo, de ahí la acuñación de la frase: *“del niño blanco yo he sido esclavo/ y he sido un negro trabajador”*. Su hijo, Ernesto, al hacer una semblanza de esa agrupación, la recuerda así: *“Aquella sociedad literaria y lírico- dramática agrupaba a toda esa generación intelectual de Buenos Aires. Los Ramírez y Ezcurra, los Lainez, Costa y Gascón, los Rojas, Ocampo, Lynch, y desde luego, los Cané y Mitre. Y tantos, que deban su razón de su presencia, cantando, representando o componiendo música. “Los Negros” pese a la sugestión “mozambique”, vestían un uniforme militar de líneas húngaras, compuesto de pantalón blanco, casaca celeste y gorra con visera, todo del mejor paño. No formar parte de aquella sociedad era estar excluido de distinción y mérito. Los miembros ostentaban un apodo a manera de título, tomado de las funciones o bribonadas de los negros auténticos. Uno figuraba como “el negro de los pasteles”, y otro dictaba seriamente sus resoluciones firmando “el negro candombero” con sello y todo. Pero había quien se conformaba con el remoquete de “el negrillo bozal”, travieso y escurridizo muchachillo de los mandados, que a cada rato respondía: “No, señora, yo soy gueno, no digo mentilas; y no faltaba el resabiado “negro trompeta”, costal de tretas y bufonadas, hediendo a caña y fumador de chamico. Mi padre revestía la dignidad del “negro viejo”, cansado ayo de los niños, aconsejador y refranero. Tenía su canción propia y los privilegios de la edad (:..)”²⁴.*

A través de esta cita, lo que puede observarse es la clara discriminación, ridiculización y la burla dirigida por la sociedad porteña hegemónica hacia las comunidades afrodescendientes en infames palabras que iban desde el “negro candombero”, el “negrillo bozal”, o “negro trompeta”, con un mínimo nivel educativo y que, durante la época de los carnavales, se paseaba por las calles de la ciudad haciendo “ruidos” con sus tambores y aturdía a la población “civilizada” que se pretendía blanca y europea.

²⁴ Puccia, E; ídem, p. 46.

LOS LITIGIOS Y LOS CONFLICTOS SOCIALES

Esto llevó a que algunos vecinos inconformistas elevaran un pedido ante la Municipalidad porteña, oponiéndose a la realización de los carnavales en el espacio público de la ciudad, como queda reflejado en el siguiente pasaje: *“Se nos asegura que se están levantando firmas entre varios vecinos de un sitio de la calle México, para presentarle una petición a la autoridad solicitando la prohibición de los bailes que allí tienen lugar los domingos, porque les incomoda el ruido del tambor a los señores peticionantes. Ignoramos si es cierto lo que al respecto se nos cuenta, a pesar de que no es la primera vez que esto sucede, y no han sacado nada favorable los interesados; y ésta, que sacaran?(...)”*²⁵. Como consecuencia de los litigios que existían entre la comunidad afrodescendiente y los sectores sociales acomodados de Buenos Aires, los candombes- entendidos como rito comunitario- debieron replegarse al ámbito de lo privado y en casas particulares, entendidos como un resto de “salvajismo” que había que desterrar, heredado de un antepasado africano, de un grupo social al que la élite intelectual local quería disciplinar. Así, en un artículo publicado en el periódico *“La Broma”* el día 3 de marzo 1882, titulado *“Nuestras sociedades carnavalescas”* (de autor anónimo), se revelaba la existencia de la terrible mirada que se cernía sobre la población afroporteña, a la vez que se vislumbraba el esfuerzo de la comunidad por pervivir en el tiempo. Así, *“parece que nada bueno quiere influir en el espíritu de nuestros hermanos de raza, respecto a las sociedades carnavalescas. Las comisiones que se forman para premiar a las comparsas que por sus instrumentos, su número, sus trajes o sus canciones se organizan, no les estimulan. Siempre a lo mas fácil, siempre a los mas chabacano, siempre a lo sumamente pobre; mas siempre a hacer burla de lo que fueron nuestros abuelos, o mejor dicho, de lo que son cierta parte de nuestra comunidad. Nos exponemos a la critica que se nos hace gustosos-nos equivocamos!- se exponen a la risa de la gente sensata(...)”* y más adelante continúa: *“En cambio, las sociedades musicales se han lucido en las calles de esta capital, con aplausos de negros y blancos, de nacionales y extranjeros, y por último hasta de los gurunguses, como se llama a la gente de medio pelo que como se sabe, es la que mas critica, porque no sabe apreciar lo que es ignorancia y lo que es educación. Recapacite la juventud con un poco de juicio, y preséntese en el carnaval próximo a la par, si no es posible en el mismo seno de las sociedades “Estrella del Sud” y “Los Infelices”, que son las únicas comparsas de nuestra comunidad, que han sido obsequiadas con un premio que no lo consideramos injusto. ¡Vamos jóvenes! Las puertas*

²⁵ *“La Broma”*, 27 de enero de 1881.

de esos centros están abiertas. ¡Vivan las comparsas musicales! (...)”²⁶. Esto sucedía, según Lea Geler²⁷, porque el crecimiento urbano y social constante de la Ciudad de Buenos Aires y la imposición de la modernidad en detrimento de todo lo que se consideraba “primitivo o bárbaro”, obligaban lentamente a que la comunidad afrodescendiente fuera transformando sus prácticas de reunión y diversión.

UN PERSONAJE SINGULAR: HERMENEGILDO BAIZÁN Y EL CORSO DE BALVANERA



Hermenegildo Baizán

Arriba, retrato del rematador navarrese Hermenegildo Baizán y fundador del corso del barrio de Balvanera, publicada en el Periódico “Primera Página”, 5 de julio de 2008. Abajo, firma de Baizán, extraída de Rezzónico, Carlos Alberto; “Un personaje singular: el rematador Hermenegildo Baizán”. En “Historias de la Ciudad”. Una revista de Buenos Aires, declarada de “Interés de la Ciudad de Buenos Aires” por la Legislatura del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Año II – N° 10 – Julio de 2001.

En 1896, la Avenida de Mayo desplazó, en el interés de los vecinos, a todos los cursos que se celebraban en otras calles de la ciudad. Sus dimensiones, el boulevard y las amplias aceras donde se encontraba el público, facilitaban el desfile de comparsas y carrozas. Ese año hizo su aparición el llamado “Corzo Baizán” -fundado por el rematador Hermenegildo Baizán- el cual tenía su sede en la calle Moreno y hacía su recorrido desde la calle Pichincha hasta Lorea (hoy Sáenz Peña), como queda reflejado en un pasaje del diario “La Nación” del 18 de febrero de ese

²⁶ *La Broma*, “Nuestras sociedades carnavalescas”, 3 de marzo de 1882.

²⁷ Geler, L; “Andares negros, caminos blancos. Afroporteños, Estado y Nación argentina a fines del siglo XIX, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2010.

año: *“El carnaval renace lleno de vida. Ha muerto el Corso de las calles angostas”*²⁸. De la vida del antiguo rematador Baizán hay escasos datos biográficos, la mayoría de los cuales fueron aportados por el ya fallecido abogado y doctor en notariado por la Universidad del Salvador Carlos Alberto Rezzónico²⁹, quien ocupó el cargo de presidente honorario de la Junta de Estudios Históricos de Balvanera. Según sus investigaciones, Hermenegildo Baizan nació en Navarra (España) entre los años 1839 y 1840, participó en la Guerra del Paraguay, de la que regresó con el grado de alférez- no contando con datos más precisos sobre su participación en la contienda bélica - y falleció de un cuadro de peritonitis aguda el 19 de junio de 1892 a los 53 años de edad en su casona de Balvanera, muy cercanamente a la amplia quinta conocida como “Jardín del Pensamiento”. A colación, el escritor Ricardo Hogg (1879-1963), quien había conocido a Baizán en su infancia, recordaba que *“otra cosa interesante del famoso corso de la calle Moreno, era que residían por allí la flor de la canela como llamaban las negras a las beldades Dolores Baizán, Carmen Burgos, Melchora Salvadores y Emma Nicholson, conocidas aficionadas al canto y piano que atraían al barrio gran parte de los mocitos más distinguidos de la ciudad”*³⁰. En ese apacible rincón porteño- donde abundaban las plantaciones de duraznos- más tarde se levantaría el “Mercado Spinetto”, el gran mercado de concentración mayorista de Buenos Aires, ejecutado por el arquitecto italiano Juan Antonio Buschiazzo (1845-1917) -quien había dirigido anteriormente la demolición de la Vieja Recova en 1884 e ideado el Palacio Municipal en la intersección de Avenida de Mayo y Bolívar a partir de 1890- e inaugurado durante la intendencia de Federico Pinedo, el 28 de julio de 1894, en medio de grandes festejos gastronómicos mientras la ciudad vivía un proceso de crecimiento, a medida que se incorporaban

²⁸ “Carnaval. Durante el día. Pomos y Baldes”. En La Nación, 18 de febrero de 1896.

²⁹ Carlos Alberto Rezzónico (1923-2013) fue un reconocido escribano y notariado porteño. Sus investigaciones sobre la historia de Buenos Aires se destacan por la rigurosidad en la consulta de las fuentes, especialmente en los temas que tienen que ver con las viejas quintas, cuyos fraccionamientos dieron lugar a los barrios más populosos de la ciudad. Formó parte de las Juntas de Estudios Históricos de Almagro, Caballito, la Recoleta y Balvanera. Fue miembro fundador de la Academia de Historia de la Ciudad de Buenos Aires, integrante del Instituto de Historia Notarial y vicepresidente de la Junta Central de Estudios Históricos de la Ciudad de Buenos Aires. Fue miembro honorario de la Junta de Estudios Históricos de la Recoleta y de la Junta de Estudios Históricos de Villa Ortúzar y presidente honorario de la Junta de Estudios Históricos de Balvanera. En 2004, fue distinguido como “historiador porteño” por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires. Publicó dos documentados libros: “Carlos Spada, médico y filántropo” (1988) y “Antiguas quintas porteñas (1996); y también algunos folletos, entre ellos, “Algunos vecinos de Balvanera”, “Mirando hacia atrás. Efemérides del barrio de Balvanera” y “Tres desaparecidas capillas del barrio de Balvanera”; y artículos en revistas especializadas, como “Historia del Hospital Italiano”, “El ingeniero Bateman y el puerto de Buenos Aires”, “Réquiem para una Costanera”, “El puerto y la higiene. Bosquejo de una normativa durante los siglos XVIII y XIX”, “Las quintas de los Alén”, “La llamada Quinta de Liniers”, “Quinta de Vermoelen en el barrio de Balvanera”, “Historia de un inmueble del barrio de San Nicolás”, “La quinta de Vélez Sarsfield en el barrio de Almagro”, “El escribano Pantaleón Gómez”, “Escribanos de registro en los mercados”, “Los escribanos en la época del gobernador Láriz”, “Los escribanos Eufasio J. Boyso y Tomás J. Boyso 1769-1832”, “La muerte del escribano Alejandro Araujo y una extraña solución jurídica”, entre otros.

³⁰ Hogg, Ricardo, “Yerba Buena”, Ed. Julio Suárez, Buenos Aires, 1945.

las tierras pampeanas a la producción agrícola y se multiplicaba exponencialmente el número de habitantes de la ciudad capital por la intensa inmigración europea finisecular.



Imagen de la construcción del “Mercado Spinetto”, en la esquina de las calles Pichincha y Moreno, en el barrio de Balvanera, donde antiguamente se hallaba la casona de Hermenegildo Baizán y sitio de fundación del famoso corzo homónimo.



Fachada del Mercado Spinetto ya finalizada hacia 1894

Las ofertas de sus mercancías constituían pintorescas y extravagantes historias de enfermedades, desengaños amorosos y otros padecimientos que supuestamente afectaban a sus clientes para tener que vender a bajo precio sus propiedades. Este ingenioso recurso provocaba

al menos la curiosidad y el interés de los lectores. Por aquella época los barrios porteños de Balvanera y Almagro estaban en alto crecimiento, como resultado del loteo de las grandes quintas existentes en el cinturón un tanto alejado del centro. Este proceso se aceleraría con la inauguración de las primeras líneas de tranvías en 1868- por entonces tirado a caballo- pues el modelo eléctrico recién recorrería las calles de la Capital Federal a partir de 1897.



Así lucía la Plaza Miserere con su primer arbolado y lo que sería la futura Avenida Pueyrredón (hacia 1888), donde puede vislumbrarse la presencia de carruajes tirados a caballo y el relieve de las vías de los tranvías que dibujaban su silueta sobre el suelo, dirigiéndose a la estación Once de Septiembre. Fotografía publicada en la revista "Huellas

BA", 03-09-2014.



Un recuerdo del famoso "Curso Baizán". Una de las comparsas que asistían al Corso Baizán todos los años, disfrazados de negros con su estandarte y su jefe. Calle Moreno, desde Entre Ríos a Pichincha. Año 1891. Archivo General de la Nación (AGN). Documentos Fotográficos. Inventario 161919.

Pero otra faceta anidaba en Baizán: la de "carnavalero", la cual lo llevó a convertirse hacia 1880 en un ferviente propulsor del carnaval en el barrio de Balvanera, con el objetivo de "borrar la tristeza y la pesadumbre de la gente que había recibido los coletazos del decreto de abolición y prohibición rosista en 1844"³¹; y fue él mismo quien se encargó de solicitar permiso al gobernador Valentín Alsina para organizar un corso que partiría desde la intersección de las calles Moreno y Pichincha (esquina de su domicilio) hasta Lorea (hoy Sáenz Peña). A partir de ese año se produjo un cambio -al menos durante las semanas del carnaval- en el perfil pueblerino con sus típicas calles de tierra y habitualmente sumido en una "quietud provinciana" que conservaba aun aquel sector del barrio. Baizán llegó a pavimentar de su peculio el camino del corso, encargándose además de instalar las luces y los adornos que engalanarían el recorrido, así como de conseguir la participación de las murgas y las comparsas.



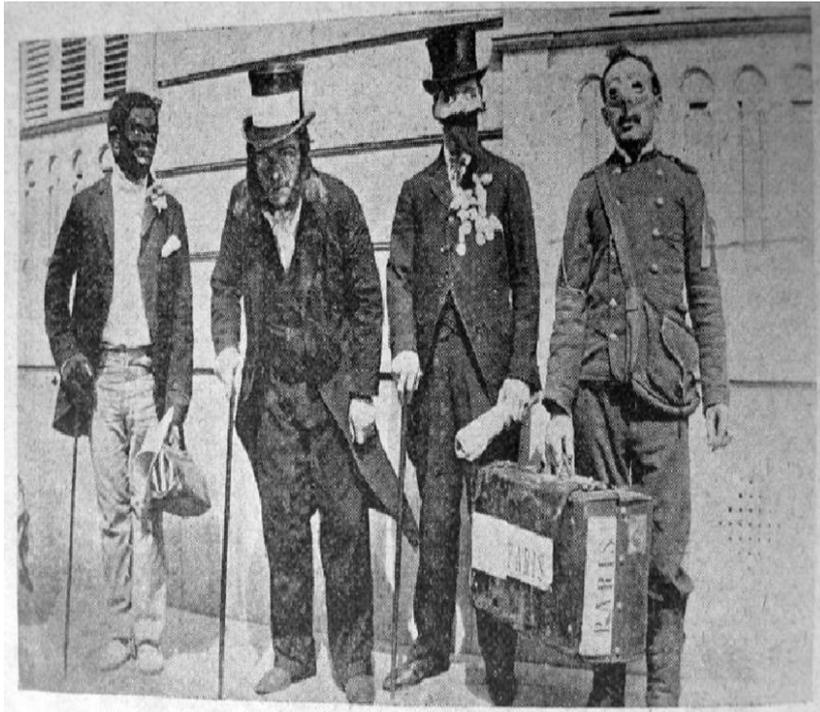
Comparsa de "Negros Candomberos" que participaba en los desfiles del "Curso Baizán", que en las última décadas del siglo pasado tenía lugar en la calle Moreno, desde la Avenida Entre Ríos hasta Pichincha. 1896. Crédito: Archivo General de la Nación.

³¹ Rezzónico, Carlos Alberto; *ibídem*, 2001.

Por aquella época habitaban la zona negros y mulatos que participaban de diferentes conjuntos carnavaleros, animando el espectáculo con coloridos candombes, aunque muchos otros conjuntos eran formados por blancos, tiznados sus rostros con corcho quemado y, en el mejor de los casos, con betún. La casa de Baizán se convertía durante los festejos en el centro logístico del corso, pues sus patios y salones eran utilizados para los ensayos. En sus desfiles participaban desde las clásicas “berlinas”, “landós”, y “ocupes”, hasta las democráticas “victorias”, los cuales se improvisaban a lo largo de la joven Avenida de Mayo, prontamente adentrada en el corazón de la población porteña. Al respecto, Enrique Puccia nos comenta en sus relatos que los componentes de los centros de “*Negros Candomberos*”, “*provocaban un ruido infernal, y mezclados con ellos las morenas, con sus vestimentas hechas con bayetas de vivos colores, que avanzaban sonrientes, haciendo oscilar incansablemente las caderas (...)*”³². En este sentido, muchos de aquellos centros carnavalescos alcanzaron tan alto nivel en cuanto al lujo de sus trajes, afiatamiento de la masa coral, sonoridad y ajuste de sus instrumentos, que la sola mención de sus nombres bastaba para simbolizar el espíritu reinante en aquellos años de la ya tradicional vía, convertida en el transcurso de las festividades en una “inmensa caja musical”, plena de armoniosas resonancias.

³² Puccia, E; *ibídem*, p. 76.

EL CULTO PORTEÑO AL “REY MOMO” A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

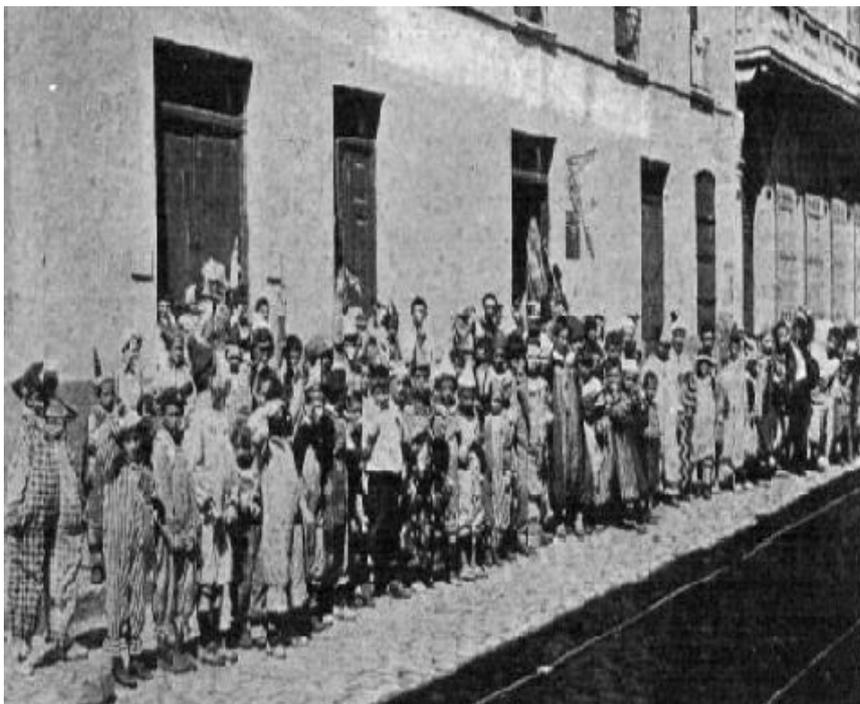


Grupo carnavalesco con una mascara de negro. En revista “Caras y Caretas”, 14 de marzo de 1903.

Fue recién en la primera década del siglo XX cuando el corso le otorgó a los carnavales porteños un singular y renovado brillo. Su trayecto abarcó primeramente el tramo comprendido entre las calles Bolívar y Bernardo de Irigoyen y luego se extendió una cuadra más, hasta Lima. Mas adelante, su trayecto original se expendió hasta la calle Luis Sáenz Peña -en las inmediaciones de la Plaza Lorea- cobrando un esplendor cada vez mayor y convirtiéndose en el centro más importante de las celebraciones carnavalescas que se organizaban en la ciudad capital. En este sentido, hacia 1900 se instala “el tiempo del Rey Momo” y los cursos alcanzan su máxima popularidad: grandes grupos de mascaradas caricaturescas divertían a la audiencia con sus números y vestimentas graciosas, por allí circulaban también las sociedades corales y musicales y los ya conocidos conjuntos de “clowns” o payasos- que con intervalos se detenían ante algún palco para ejecutar difíciles pruebas gimnásticas, lo que llevó al arquitecto José María Peña (1931-2015) a definir al centro de la Capital Federal como una “payasolópolis”³³. Entre ellos, desfilaban por la Avenida de Mayo los que se agrupaban bajo el nombre de “Pescatore di Napoli”

³³ Peña, José María; “Aquellos carnavales”, Revista Buenos Aires Cultural, p.17.

entonando calidas “canzonettas”- con un fuerte componente italiano- “Los Clowns Estudiantes”, “Los divertidos del barrio Alto”, “Los Farristas” y “Los Embrullones”, todos con disfraces y repertorios dispares, que ayudaban a mantener el brillo del corso.



Una multitud de pequeños aguarda pacientemente frente a la casa del "pintor de payasos" que está haciendo "su agosto" en el mes de febrero. Foto de Reffo y Pibernot para "Caras y Caretas".

EL ROL DE LAS MUJERES EN LA CONFECCIÓN DE LAS VESTIMENTAS

En general, la vestimenta utilizada por la población para los corsos era de confección casera, aunque había quienes por su posición social más acomodada compraban los trajes de fina estampa en las casas de moda que abrían sus sucursales en Buenos Aires. Entre los disfraces de la gente mayor de veinte años, los más populares fueron los trajes “dominó”, estos consistían en una especie de sacón hasta el suelo con una pequeña capa sobre los hombros y un capuchón que cubría parte de la cara, velada a su vez por un antifaz. En cambio, en los hogares de la clase trabajadora, las madres y las abuelas eran las encargadas de confeccionar los vestidos de sus hijos, quienes eran disfrazados de las maneras más inverosímiles. Según la historiadora uruguaya Milita Alfaro, las mujeres jugaban un rol fundamental en la organización de los carnavales, ya que sin ellas estas festividades no podían llevarse a cabo. En el caso de los niños, estos podían ser disfrazados de toreros o de animales- como elefantes, gallos o pollitos- los

hombres adultos solían vestirse como príncipes y condes, quienes alternaban con personajes “cocolicheros”³⁴, quienes estilaban usar un lenguaje arrevesado, y con el simpático “Oso Carolina”, cuyas piruetas provocaban la carcajada general del público; mientras que las niñas podían ser diosas griegas, aldeanas españolas o italianas; tampoco faltaban las hadas y el clásico tutú de bailarina, adornado con brillantes lentejuelas.



Un personaje típico de los antiguos carnavales: El “Oso Carolina”, convertido en hoguera por un infaltable “vivo” disfraz de comienzos del 1900. Foto seleccionada para el artículo: “Los viejos carnavales argentinos. Mascaritas, bailes y comparsas de antaño” por Juan José de Soiza Reilly. Reista. Caras y Caretas, febrero de 1931.

³⁴ Puccia, E; ibídem, p. 100.



*El "domador" con el simpático "Oso Carolina", víctima muchas veces de las bromas crueles de algunos espectadores.
En Puccia, E; p. 95.*



Fotografía de dos pequeños "estudiantes". Los días de carnaval eran esperados con enorme expectativa y su preparación y organización eran "cosa seria". Las comparsas competían sin piedad y se esforzaban en presentar los mejores vestuarios y la mejor música con orquestas enteras.



“Posando para la foto”. Los niños podían ser toreros o representaciones de animales, como elefantes, gallos o pollitos; mientras que las niñas podían ser diosas griegas, aldeanas españolas o italianas; tampoco faltaban las hadas y el clásico tutú de bailarina, adornado con brillantes lentejuelas. Gentileza de “El arcón de la historia argentina”, s/n.

UN DISPOSITIVO DE DISCIPLINAMIENTO Y DIFERENCIACIÓN SOCIAL

Durante los años de la consolidación del Estado Nacional argentino, el carnaval se convirtió en un importante dispositivo de disciplinamiento y diferenciación social de la población porteña. Esto se vio reflejado, por un lado, en la organización de los desfiles de las comparsas en los corsos que tenían lugar en la vía pública por parte de los sectores populares y subalternos de la ciudad y, por otro lado, en el repliegue y la privatización de los bailes organizados por los sectores sociales hegemónicos de Buenos Aires en ambientes mucho más exclusivos, como ocurría en los lujosos salones del Club del Progreso ubicado en la Avenida de Mayo 633. Por otro lado, las reuniones auspiciadas por la Sociedad de Beneficencia de la Capital Federal- institución elitista de mujeres por excelencia- tuvieron como fin aportar los fondos para la suscripción nacional. Así, por ejemplo, el “Curso de las Flores” -inaugurado el 15 de abril de 1898- convocó a las familias porteñas más acomodadas y permitió a los propietarios de las casas ubicadas sobre la nueva avenida tener entradas especiales.

Los palcos principales estaban destinados al Presidente de la república, a los ministros, al Intendente municipal y a la comisión patriótica. En forma bien diferenciada, se colocaba una gradería para el resto del público. Un curioso comentario aparecido en el diario “La Nación” de abril de 1898, con motivo de este acontecimiento, dio cuenta de la situación creada en torno al uso de la gran carretera inaugural: *“Nuestra crème considera chic el patriotismo. Era verdaderamente triste ver el aspecto que presentaba a las 9 nuestra gran avenida, sus veredas compactas concurridas, en la mitad de su extensión, presenciaban el desfile de una centena de carruajes, cantidad mínima si se tiene en cuenta la ampliación del escenario y cuan numerosas son las familias de nuestra sociedad que poseen carruajes. En cuanto al pueblo, ha respondido al llamado de la comisión organizadora, pues se han expedido anoche veinte mil entradas de peatones (...).”*³⁵. De esta forma, y citando nuevamente a Alfaro, la fiesta “civilizada” fue ante todo fuertemente reglamentada y tenía como característica principal que la sociedad civil que participaba en ella pasaba, paulatinamente, de ser protagonista a ser espectadora, por lo tanto, alejarse de aquel imaginario de “barbarie” propio de los carnavales del mundo popular (entendido como pre-moderno, poco estructurado, espontáneo, con esa diferenciación social y en el cual según la autora la violencia era un ingrediente de importancia) trajo consigo restringir, cerrar, acotar grupos, permitiendo la entrada y/o permanencia solo a quienes se consideraran “civilizados”, “modernos” y “respetables”³⁶. Ejemplo de ello fueron los carnavales efectuados en el Teatro Avenida (“La Catedral de la Zarzuela”, como era nombrado en los primeros años del siglo XX) -sito en la arteria homónima en el N° 1222- en 1909. Según Enrique Puccia, en aquel año se realizaron bailes de disfraces para niños organizados por el diario vespertino “Ultima Hora”. Por las noches se efectuaron siete bailes de mascaradas, amenizados por un orquesta de 30 profesores bajo la dirección del maestro Posadas, y la presencia del “Can-Can parisiense en cuadrilla, por artistas del Moulin Rouge, Foles Bergere, Olympia de Paris y Casino de Nice”. Se hicieron también concursos de disfraces, con la entrega de fabulosos premios. El 1º consistió en un “riquísimo collar de brillantes y perlas montados sobre platino”; el 2º “una hermosísima cadena de oro de dos metros de largo, con perlas y zafiros”; el 3º “un valiosísimo brazalete y un de oro con

³⁵ “Corso de las flores en la Avenida de Mayo”. En La Nación, 10 de abril de 1898.

³⁶ Alfaro, Milita; “Carnaval. Una historia social de Montevideo desde la perspectiva de la fiesta”. Tomo II: “Carnaval y modernización. Impulso y freno del disciplinamiento”, Montevideo, Editorial Trilce, 1998.

entorno de brillantes”³⁷. Asimismo, se incluyó un concurso de tangos, y el premio le fue adjudicado al maestro Alberico Spátola, con la composición denominada “La Sucursal”, la primera que el autor llevó al pentagrama.

Por su parte, el diario “La Prensa”, cuya sede se encontraba en la Avenida de Mayo 575, también le dio una importancia fundamental al carnaval. Enrique Puccia nos recuerda que el amplio hall del edificio era visitado año tras año por las comparsas y los orfeones de mayor relevancia, contando cada jornada con el marco de una abigarrada y calificada concurrencia. Tras desfilarse por la nueva arteria, los centros ingresaban ordenadamente en el recinto señalado donde luego de ofrecer sus interpretaciones, los integrantes de los conjuntos eran magníficamente agasajados por su director, el periodista y redactor Ezequiel Paz (1871-1953), la plana mayor y demás personal del prestigioso matutino.

³⁷ Puccia, Horacio Enrique; “La celebración del carnaval en la Avenida de Mayo”, en “Avenida de Mayo”, Fundación Banco de Boston, Buenos Aires, 1985, p. 103.

EL CARNAVAL EN EL “CLUB DEL PROGRESO”

“¡Qué brillantez, qué calidad de concurrencia, qué lujo y qué suculentas debían ser esas reuniones!”³⁸



Fachada del majestuoso edificio del Club del Progreso. Ubicado en la Avenida de Mayo 633. Fue inaugurado en el año 1900, predominando su gran estilo francés. Este edificio era frecuentado por lo “más granado” de la política, la cultura y la sociedad porteña en los años que precedieron a los festejos del Centenario.

Hacia 1900, el carnaval se trasladó a los lujosos salones de honor del edificio del “Club del Progreso”, cuya propiedad pertenecía al estanciero, diplomático y uno de los políticos más destacados de la Generación de 1880, José Camilo Paz, fundador del Diario “La Prensa” en 1869, cuyo presidente sería Roque Sáenz Peña, futuro primer mandatario de la Nación entre el 12 de octubre de 1910 y el 9 de agosto de 1914. Durante décadas marcaron éxitos de proporciones y era un verdadero “triumfo social” participar en sus brillantes veladas, dada la rigurosa selección que se hacía de los invitados. Nadie mejor que Lucio Vicente López (1848-1894)- nieto del autor de la letra del Himno Nacional Argentino- en su evocativa “*La Gran Aldea*”³⁹, supo reflejar el espíritu de ese ambiente de exclusividad, con un dejo de ironía: “*La entrada era cosa ardua, no entraba cualquiera; era necesario ser crema batida de la mejor burguesía social y política para hollar las mullidas alfombras del gran salón*”, y más adelante retrató una típica escena del carnaval burgués, de los cuales los sectores sociales subalternos estaban totalmente excluidos: “*Las flores*

³⁸ La frase fue extraída de Puccia, E; *ibídem*, p. 102.

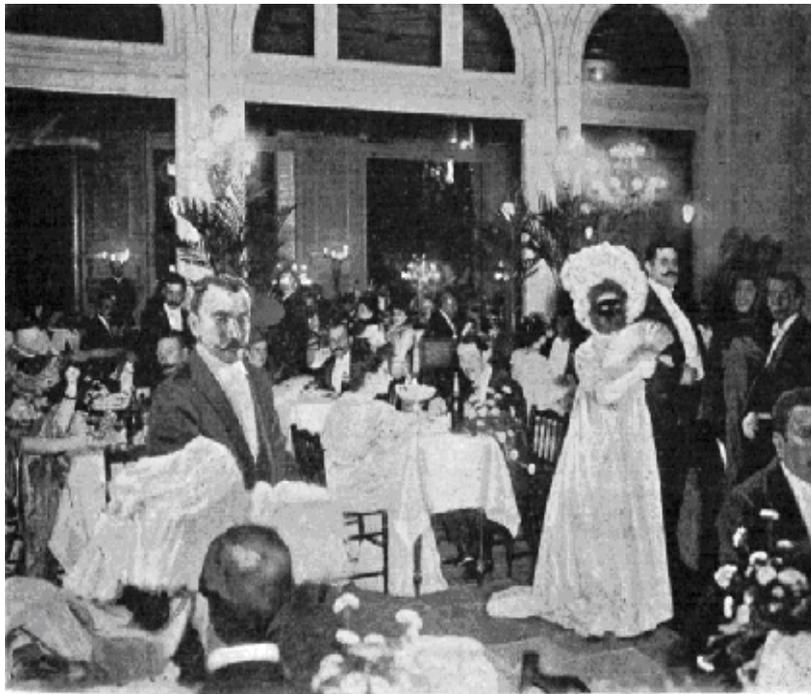
³⁹ “La Gran Aldea” fue publicada originalmente en forma de folletín, en 1882, en el periódico *Sud-América* y dos años más tarde fue editada en formato de libro.

y las luces poblaban los ámbitos en admirables consorcios de tal suerte que a veces las luces nos parecían flores y las flores luces; y en otras, todo flores o todo luces; llenaban el ambiente infinidad de voces humanas y torrentes de armonías musicales(...). Los disfraces y trajes de fantasía eran innumerables e indescriptibles; el gusto refinado había procedido con tal admirable acierto, que los trajes históricos, además del sabor de época que revelaban, inducían a asegurar que los personajes auténticos no los vistieron con la elegancia con que los lucían las mascaradas de estos tiempos (...). Luego se dirigían al salón, para entregarse a los compases acariciadores y ondulantes de los famosos “Valses-Boston” de Ramenti, seudónimo tras cual se escudaba el distinguido caballero Hilarión Moreno, primeramente marino y luego diplomático. (...)”⁴⁰. Unos años más tarde, Enrique Puccia, en su libro sobre la historia de los carnavales porteños, incluía un pasaje sobre el protagonismo de las mujeres en aquellas reuniones -aquellas “damiselas” de la época, como su autor las catalogaba- que “tras escuchar las frases almibaradas que les deslizaban los galanes en los giros de las danzas, se dejaban fotografiar con orgullo, esbozando ellas mismas una angelical sonrisa, sin quitarse el antifaz, y ellos con un gesto mundano, mostrando ambos, en una mano la copa colmada y en la otra un plato lleno de masas(...)”⁴¹. A propósito, una revista muy típica y con un tono feminista de la época llamada “La Mujer”, y analizada por el propio Puccia, elogiaba el estilo de estos ambientes tan exclusivos, a los que solo podían acceder los potentados de la época, como lo dejaba entrever en uno de sus pasajes, cuando una nota periodística afirmaba que “a la inmensidad de ese grandioso espectáculo, a las luces que en múltiples y caprichosas formas iluminaban aquella interminable exhibición de belleza, de la elegancia, del fausto y del buen gusto de nuestra culta sociedad(...)”, y tras hacer calidos elogios de las “toilettes” que lucían las damas, de “los disfraces y trajes de fantasía, que eran innumerables e indescriptibles”, y de “la multitud de flores distribuidas con exquisita delicadeza por el gran salón y dependencias del aristocrático centro(...)”, los inspirados cronistas terminaban afirmando: “El buffet, inmejorablemente servido, llamó la atención; el comedor, espléndidamente atendido, congregó a todos los asistentes, convirtiéndose en un maravilloso foco de atracción(...)”⁴². He aquí las dos caras de la organización del carnaval en la Ciudad de Buenos Aires a comienzos del siglo XX.

⁴⁰ Puccia, E; ídem, p. 94-96.

⁴¹ Puccia, E; íbidem, p. 103.

⁴² Puccia, E; íbidem, pp. 102-103.



Las luces reverberan en los salones del Club del Progreso. Damas y caballeros dialogan, ríen y festejan alborzados este rato de esplendor celebrándose así mismos, mientras una misteriosa máscara provista de sugerente abanico parece atraer la atención de los comensales que pueblan el "ambigú", palabra de origen vasco que significa "barra de bar", de un teatro o salón de baile. En el País Vasco es una palabra de sobra conocida porque hay costumbre en los restaurantes escuchar de boca del director o maître decir: pasan a cenar o prefieren tomar algo en el Ambigú (refiriéndose, claro está, a la barra del bar). Según la Real Academia de la Lengua Española la palabra ambigú significa: Bufé. Lugar donde se colocan alimentos. Y tiene como sinónimos los siguientes: Restaurante, Bar, Bodega, Barra, mesa, hotel, viaje, cama, Bodega, Café, Cantina, Taberna, Mesón y así hasta 33 sinónimos.



Agraciadas "damiselas" y apuestos "mancebos" reponiendo las energías gastadas en los vaivenes de la danza, en una de las veladas carnavalescas de fines del siglo XIX. En Puccia, E; p. 87.

***BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA**

Alfaro, M; “Carnaval. Una historia social de Montevideo desde la perspectiva de la fiesta”. Tomo II: “Carnaval y modernización. Impulso y freno del disciplinamiento”, Montevideo, Editorial Trilce, 1998.

Andrews, G; “El enigma de la desaparición. Los afroargentinos de Buenos Aires”, De la Flor, Buenos Aires, 1989.

Briones, C; “Mestizaje y blanqueamiento como coordenadas de aboriginalidad y Nación en Argentina”. Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre. Vol. XXIII, Bs.As, Mimeo, 2002.

“Carnaval. Durante el día. Pomos y Baldes”. En La Nación, 18 de febrero de 1896.

“Carnaval porteño: Entre la fiesta y el espectáculo”, En Temas de Patrimonio Cultural 23.

Censo de la Ciudad de Buenos Aires de 1887.

Cirio, N; “Tinta negra en el gris de ayer: Los afroporteños a través de sus periódicos entre 1873 y 1882”, Buenos Aires, Teseo, Biblioteca Nacional, 2009.

“Curso de las flores en la Avenida de Mayo”. En La Nación, 10 de abril de 1898.

Davies, C; Encyclopedia of the African Diaspora: Origins, Experiences, and Culture (en ingles). ABC-CLIO, 2008.

«El Falucho que no fue Falucho». Clarín. 24 de enero de 2011.

Genchi, Beatriz; “Carnavales Sarmientinos”. Pirámide Informática, San Rafael, Mendoza, 05-12-2020.

Geler, L; “¡Pobres negros!”. Algunos apuntes sobre la desaparición de los negros argentinos”. En Estado, Nación y poder local en América Latina, siglos XIX-XX. García Jordan, p. (ed.), Barcelona, EPUB, 2007.

Geler, L; “Andares negros, caminos blancos. Afroporteños, Estado y Nación argentina a fines del siglo XIX. Taller de Estudios e Investigaciones Andino-amazónicas, Prehistoria Ediciones, Rosario, 2010.

Hogg, R, “Yerba Buena”, Ed. Julio Suárez, Buenos Aires, 1945.

“La Broma”, 27 de enero de 1881.

Martín, M; “Sarmiento, el emperador de las máscaras”, publicado en el Diario de Cuyo, San Juan, 12-02-2018.

Peña, José María; “Aquellos carnavales”, Revista Buenos Aires Cultural.

Puccia, E; “Breve Historia del Carnaval Porteño”, Cuadernos de Buenos Aires, 1974.

Puccia, Enrique; “La celebración del carnaval en la Avenida de Mayo”, en “Avenida de Mayo”, Fundación Banco de Boston, Buenos Aires, 1985.

Quijada, M; “De Perón a Alberdi: selectividad étnica y construcción nacional en la política inmigratoria argentina”, Revista de Indias, Vol. LII, nº 195/196, 1992.

Rezzónico, C; “Un personaje singular: el rematador Hermenegildo Baizán”. En “Historias de la Ciudad”. Una revista de Buenos Aires, declarada de “Interés de la Ciudad de Buenos Aires” por la Legislatura del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Año II – N° 10 – Julio de 2001.

Rosenzvit, M; “Fiebre negra”, Editorial Planeta, Buenos Aires, 2008.

Sacchi, V; “Sarmiento y el carnaval”, publicado en el Diario de Cuyo, San Juan, 12-02-2018.

Solominaski, A; “Identidades secretas: la negritud argentina”, Beatriz Viterbo Editora, Buenos Aires, 2003.

Wade, P; “Raza y etnicidad en América Latina”, Ediciones Abya-Yala, Quito, 2000.